

—¿Sesenta mil?

—Sí... como dote y solo en caso de casamiento... ¡Si no hay boda nada!

—Tanto mejor. Se verá obligada á aceptar.

—Perfectamente.

—¿Palabra?

—Sí... Adiós y silencio... Que quede entre nosotros.

Pasó al estudio, hizo una seña á su hijo, que se levantó y la siguió.

Una vez en la calle llena de gozo le dijo:

—¡Será rica. Es seguro!...

—Cuanto tiene.

—No lo sé... Será rica... Muy rica.

¡Adelante... y valor.

Una hora después la yegua blanca trotaba por el camino de Aubignac, Claudia llevaba las riendas flojas, el látigo caído y el pensamiento sumido en sueños de oro.

Decididamente su hijo había nacido con buce-estrella.

Sus esperanzas iban á realizarse.

Sería rico y sería notario.

Pero de la mano á la boca...

V

En la brecha.

La jardinera había vuelto á Aubignac en un estado de alegría fácil de comprender.

Conocía perfectamente el refrán «á hierro candente batir de repente.»

¡Sesenta mil francos!

¡Había arrancado sesenta mil francos, veinte mil escudos de Auvernia á un tunante que

no había dado á nadie en su vida ni veinte céntimos!

¡Que éxito!

Aun no había trascurrido la semana cuando todas sus baterías estaban ya dispuestas.

El sábado por la mañana, sobre las nueve y media, salió de la cocina y acercándose á una de las ventanas y con los brazos en jarras gritó con todas sus fuerzas.

—¡Aurora!

Un eco burlón repitió á lo lejos aquella voz agria, y el busto de la joven se inclinó fuera de la barandilla de una ventana del primer piso.

—Decidme—prosiguió la mujer del jardinero,—¿no vamos á tener el gusto de veros en todo el día?... ¡Holgazana!...

No era un reproche; era casi una caricia.

—¿Qué me queréis?

—¿No podríais ayudarme un poquito... encargarnos de poner la mesa?...

—¿Tenéis convidados?...

—¡El señor Pilet, que viene á almorzar!... ¡Es un amigo nuestro, un verdadero amigo!... ¡Y mi hijo!...

El rostro de la joven se contrajo.

—¡Bien, bien!—dijo.—¡No son más que las nueve!... ¡Tenemos tiempo!...

—¿Qué hacéis?

—Estoy terminando una carta.

—¿Para quién?

—Para mi amiga de la Sauvetière.

—¡Siempre con cartas!

Aurora iba á decir: «¡Ese es mi único placer!» pero se contentó con pensarlo.

La señora Chavarux prosiguió;

—No tendremos hoy en casa á los señoritos.

—¿Por qué?

—Acaban de marcharse á Royat... Han ido á ver á unos amigos...

—¿Van á volver?

—¡Claro! ¡Esta tarde ó mañana!... Parece ser que va á ver una gran fiesta... Mientras tanto estamos tranquilos, podremos hablar...

El corazón de la joven se contrajo.

¡Hablar! Sabía de qué querían hablar.

El notario estaría presente.

El tono de Claudia se había vuelto insinuante y prosiguió:

—¿Vais á bajar?

—En seguida.

—Está bien.

Y se marchó con paso muy ligero como una persona atareada.

Aurora volvió á entrar en su cuarto.

Aunque vivía en el pabellón destinado á la dependencia del castillo, su cuarto no era feo.

Por la ventana y frente á ella, más allá de un pequeño huerto plantado de cerezos, ciruelos y toda clase de árboles frutales, veía la fachada del castillo.

La construcción es fuerte y maciza, con sus inclinados techos, y no se parece en nada á las casas vecinas.

Es una verdadera residencia de gran señor.

A la izquierda, por encima del parque, va elevándose por grados hasta la cima de una colina que en cualquiera otra parte que no fuera Normandía llamarían una montaña. Aurora podía admirar á su gusto las ruinas de una antigua fortaleza, que sin tener la importancia de Murols ó de Tournoel, esos colosos del

Puy-de-Dome, no son menos imponentes y pintorescos, bajo su capa de hiedra y plantas parásitas de todas clases.

El interior del cuarto de la abandonada era tan alegre como el exterior. Estaba provista de una chimenea de marmol, de una cama con cortinas azules, de unos sillones muy antiguos, una mesa para escribir y cuanto es necesario, para satisfacer á una joven que no necesita más que espacio, aire libre y flores.

Delante de aquella mesa se sentó para terminar la carta de la cual había hablado á la jardinera.

Estaba dirigida á su amiga, su antigua compañera de colegio, Elena de Solmes, la única persona con la cual podía hablar con el corazón abierto.

Continuó:

«Acabo de ser interrumpida por la señora Chavarux.

»Según parece, vamos á tener convidados hoy; el notario, que me causa frío en cuanto le veo con su larga levita y su aspecto antipático é hipócrita.

»No sé lo que me ha hecho. Siempre me habla de una manera paternal y no puedo aguantarle. No sé por qué, pero la antipatía que le profeso puede más que yo.

»Me produce el efecto de un reptil, como esos que encuentro á veces durante el verano, cuando me paseo en las solitarias ruinas de Aubignac, desde las cuales se contemplan hermosísimas vistas.

»Quisiera que pudieses contemplarlas conmigo durante estos días de verano, que son tan hermosos.

»Desgraciadamente no me atrevo á rogar á los Chavarux que te reciban aquí unos cuantos días, lo cual me produciría una gran alegría; es más, que no sé si yo misma estaré aquí mucho tiempo.

»No puedo en primer lugar seguir viviendo sin saber á quién debo la pensión que es preciso pagar por mí, y además comprendo que el horizonte se oscurece y que un ciclón me va á obligar á huir hacia otros climas, que me serán quizás menos prósperos.

»La tempestad se aproxima, es evidente, bajo la forma de un rudo y enorme joven, escribiente de notario, y que lo será con el tiempo, que es el único heredero, el hijo de los Chavarux, que me han criado durante mi infancia.

»Desde la última carta mía que has recibido, en la cual te daba á conocer la estrambótica declaración que me ha hecho, he reflexionado mucho, he dado mil vueltas á su proposición en todos sentidos.

»Me he dicho que debiera aceptarla; que, después de todo, tiene razón; que no tengo familia, que soy una de esas bastardas cuyo nacimiento es causa de una vergüenza.

»Que no poseo nada, que no tengo ni nombre, que ignoro dónde he nacido y de qué padres.

»Que por su parte hay alguna generosidad pidiéndome para esposa tal como soy, que se atreve á afrontar la opinión y renuncia á las ventajas que pudiera tener con otra que le aportara un dote capaz de comprar el estudio para poder vivir con desahogo.

»Debo reconocer que sus padres no han sido

malos para mí, que me han criado con grandes cuidados, puesto que ahora gozo de una salud excelente y que soy fuerte y robusta.

»En fin, como argumento decisivo, me digo que Bernardo quizás me ama, y quién sabe si en esta vida nadie me volverá á conceder este favor.

»Lo he pesado y examinado todo.

»Físicamente Bernardo es un buen mozo.

»Con el tipo muy acentuado del país, moreno y barbudo, representa á maravilla esos habitantes de la Auvernia que encuentro por todas partes en las ferias, y hasta apostaría á que es algo mejor que todos ellos.

»Pero ¡ay! nada me podrá convencer.

»Su aspecto me asusta, su aproximación me espanta, sus ojos me causan miedo.

»Me es profundamente antipático y creo no me sería posible dominar la aversión que me inspira.

»Es de creer que somos de dos razas enemigas y diferentes.

»Pero lo que más me aleja de él es su carácter.

»Le encuentro, ó le supongo todos los defectos que á pesar de mi inexperiencia no puedo por menos de reconocer en los Chavarux, una avaricia que no antepone nada al dinero, una sequedad de corazón increíble y una astucia que la demuestra en todas las ocasiones.

»A pesar de las apariencias, que en este asunto están todas en su favor, puesto que yo no poseo nada, no puedo resolverme á tener fe en una generosidad que contrasta tan enérgicamente con lo que he oído y con lo que sé de su pasado.

»Así es, mi querida Elena, que mi resolución permanecerá inquebrantable.

»No me llamaré nunca, á menos que no ocurra un milagro que no preveo, la señora de Chavarux.

»Solo que con el fin de evitar las explosiones de cólera y los resentimientos quizás demasiado vivos me veo obligada, aunque me cueste mucho, á emplear la astucia para no romper de una vez con los guardianes de mi infancia que en lo moral se parecen á los volcanes que están dispuestos á la erupción al menor choque.

»Voy á informarme; procuraré saber lo que puedo esperar del porvenir, con el fin de tomar un partido definitivo y orientarme para ver hacia que lado me será dado dirigir mis pasos.

»Así estoy, amiga mía.

»Tengo el corazón muy triste, porque creo que ha llegado el momento más crítico de mi triste juventud.

»Después de haber recorrido hasta aquí sin alegría y sin pesar el camino que me ha sido trazado por la casualidad, comprendo que ha empezado la era de las dificultades.

»Escribeme! Sosténeme con tus consejos, ó más bien, sostengámonos, porque temo que no lleguemos á ser nunca felices ni la una ni la otra; yo, sin apoyo, sin guía, sin esos preceptores naturales que todas las criaturas tienen; tú, con un padre cuyo carácter se ha agriado con los reveses, con una salud, que se debilita de día en día, y que puede desaparecer, dejándote sin sosten.

»Es cierto que...

»¡Pero hasta tus mismas esperanzas me hacen temblar!

»¿Por qué no tengo confianza?

»¿Por qué veo por todas partes tan negro el porvenir?

»Mi pobre Elena, el que no respeta á la joven de la cual quiere hacer la compañera de su vida, que emplea toda clase de medios para provocar en ella un momento de debilidad, que después la reprochará, me inspira dudas y nos dá casi el derecho de sospechar de su lealtad.

»Sola desde mis primeros años, obligada á protegerme yo misma, puesto que no tengo á nadie para defenderme, he reflexionado mucho.

»Quizás sea más vieja que las de mi edad.

»¡Ojala que me engañe!

»¡Quiera Dios que tu amor, tan dulce y tan leal, no experimente amargas decepciones!

»En todo caso, y te suceda lo que quiera, yo te quedo.

»Amémonos, mi querida Elena, puesto que nadie nos ama.

»Te abrazo á toda prisa, porque oigo la voz aguda de mi nodriza, que me llama de nuevo y se impacienta.

»Y Dios sabe que nada corre prisa.

»Pero á lo que parece estamos sobre ascuas.

»¿Qué sucesos se preparan?

»Mañana, si fuere preciso, te daría más detalles.

»*Tu amiga*

»AURORA.»

«P. D. Te decía ayer que había mucha gente en el castillo.

»Los dos hermanos están aquí quizás por una semana con algunos amigos

»El mayor, Raimundo de Caylus, es un joven muy elegante, muy distinguido, de veintiocho á treinta años, él lo dirige todo, y su joven hermano, el conde Jorge, al cual pertenece Aubignac, se eclipsa completamente ante el otro.

»Hoy se han marchado todos á Royat, donde van á buscar á otros compañeros.

»Ayer cuando volvía de la huerta á donde había ido con un cesto debajo del brazo á cojer rábanos y ensalada para nuestro almuerzo, encontré de repente al marqués. Se dirigió á mí y saludándome me preguntó:

»—¿Señorita sois vos la que habéis sido criada en Anbignac?

»—Sí, señor.

»—¿No habéis estado interna en Moulins?

»—Sí, señor.

»—¿Mucho tiempo?

»—Seis años próximamente...

»—¿Cómo os llamáis?

»—Aurora.

»—¿Aurora qué?

»—Aurora Miltón.

»—Calla, es un bonito nombre, el nombre de un poeta inglés autor de *El Paraíso Perdido*... ¿Cómo os le han puesto?...

»He debido ponerme más colorada que los rábanos que llevaba en el cesto, porque me dijo sonriéndome:

»—No os turbéis. Mi intención no ha sido causaros el menor pesar.

»Y añadió con amistosa intención.

»—Muy al contrario.

»Nuestra entrevista se redujo á esto.

»Estaba cortada y no he contestado nada.

»Saludé y me alejé.

»Me ha debido hallar muy insignificante y más necia.

»No he tenido más relaciones con estos señores, que no se parecen en nada á las gentes que me rodean.

»¿Pero por qué se habrían de ocupar de mí?

»Han llegado cuatro caballos, que son hermosísimos y que permanecerán en el castillo, donde el propietario tiene intención de pasar largas temporadas.

»Espero que para antes de su instalación definitiva yo estaré lejos de aquí.

»¿Pero adónde iré?

»Cruel problema.

»Adiós de nuevo.

»AURORA.»

«Ten mucho cuidado, sobre todo, como me lo has prometido; espera al cartero, porque tiemblo ante la idea de que tu padre pudiera sorprender el secreto.

»¡Qué golpe para él!

»A.»

Puso la carta dentro del sobre y escribió las señas:

Señorita Elena de Solmes, en la Sauvetière, por Combrode.

La puso en su bolsillo y bajó.

Cuando llegó á la parte baja de la escalera, se sintió invadida por un bienestar inexplicable.

Los esclavos parisienses y los trabajadores de las grandes ciudades, encerrados en las fábricas infectadas de vapores deletéreos, de humo de carbón; de olores de gas y de petróleo, no teniendo por horizontes más que los techos inmundos y las sucias ventanas, cuyos cristales, manchados con un sebo amarillento como el interior de las chimeneas, ignoran los placeres de la vida de los campos que han abandonado, atraídos á los centros por esa sed de oro, que es la enfermedad del día, enfermedad contagiosa, puesto que contagia á todo aquel que se acerca á ella y que poco á poco acaba por atacar hasta á los más cuerdos.

Un hermoso sol lo calentaba todo, el suelo y los seres vivientes entreabría los capullos de los rosales que trepaban á lo largo de los muros las flores de todas clases, y reanimaba aquella naturaleza dormida dos horas antes por los fríos del invierno.

Un gran pesar invadió el alma de la abandonada al pensar que tendría que ausentarse de aquellos lugares donde había pasado la mayor parte de su infancia.

¿Dónde iría?

Aquella ansiedad de que acababa de dar parte á su única, ó per lo menos á aquella mejor amiga, se hacía cada vez más punzante para ella á medida que se acercaba el instante en que no podía retroceder de una resolución siempre cruel de tomar.

Hasta entonces habia conservado una secreta esperanza.

Sin duda estaba renegada, olvidada.

Su madre la había confiado á los cuidados de manos extrañas.

Aquella madre no se había dado jamás á conocer, ni tampoco había dado señales de vida; pero no la había dejado nunca carecer de nada.

Fuese cual fuese, un protector desconocido velaba por ella, proveyendo á sus necesidades con largueza para que apesar de haber sido criada en casa de unos aldeanos, pudiese recibir una educación, sin embargo, casi semejante á las herederas de un burgués ó de un rentista.

Se complacía en pensar que aquel protector misterioso se descubriría un día y rasgaría el velo ante sus ojos, que ofrecía su nacimiento y su origen.

Durante mucho tiempo habia creído en aquel golpe teatral.

Estaba segura de que se produciría.

Aquella confianza la sostenía en su aislamiento, en medio de aquella familia que no pensaba más que en las utilidades miserables, en amontonar céntimo á céntimo ese vil metal que trastorna las cabezas y los espíritus, como si se necesitase tanto para vivir ó como si se le debiese llevar consigo entre las cuatro tablas de una caja, último asilo de los ricos y de los pobres.

Y su esperanza no se habia realizado!

No habia venido nadie.

Por el contrario, el señor Pilet se mostraba cada vez más reservado, más sobrio en detalles desde que habia crecido, y sobre todo desde su salida del colegio.

Sin embargo, no quería renunciar á aquella tabla de salvación.

Hubiera sido preciso para arrancársela que el rayo hubiera destruido sus últimas esperanzas.

No hubiese dudado que estaba tan cerca en aquella hermosa mañana en que la naturaleza misma parecía sonreír.

Estaba vestida tan sencillamente como siempre.

Llevaba su vestido gris y el cinturón de seda negra, abrochado con una hebilla de acero adornado con piedrecitas del Rhin, regalo poco costoso del señor Pilet aquellas últimas vacaciones.

Ella misma se confeccionaba la mayor parte de los vestidos con la maña natural de ciertas jóvenes en los trabajos de aguja y de costura.

Cortaba y cosía también los de Claudia para pasar el tiempo, para ocuparse en algo, porque no la imponían jamás trabajo alguno.

Hacía lo que quería, criada en completa libertad por aquellas gentes que la cuidaban; como que era el manantial de su fortuna y porque de ella habían recibido mucho dinero y esperaban recibir mucho más.

Cuando llegó lentamente, aspirando el aire puro de la huerta, delante de la puerta de los Chavarux, los hornillos estaban encendidos.

Era un gran día.

Había recepción en la casa.

Dos cacerolas colocadas en los hornillos de carbón vegetal, exhalaban excelentes olores de guisado.

Una gallina y un conejo se cocían uno al lado del otro á fuego lento.

Un ganso esperaba á su vez, ya colocado en su asador.

Unas lechugas y unos espárragos daban una nota alegre á aquella mesa de castaño.

—¿Tenemos boda hoy?—preguntó la joven.

Claudia, que iba y venía en medio de aquellos preparativos sonriéndose picarescamente, dijo:

—Algo que se le acerca mucho ó me llevaría un gran chasco.

Estaba contentísima.

Los sesenta mil francos con tanta facilidad arrancados de las garras del buitre que se llamaba el señor Pilet, la extrañaban pero la llenaban de alegría.

A pesar de la promesa del silencio no pudo callarlo á su marido.

Chavarux había abierto los ojos como puños, exclamando entre dientes:

—¡A mí que no me digan, aquí hay algo!

Pero los veinte mil hermosos escudos producían su efecto.

Aquello era raro, una lluvia de oro.

¿Qué había hecho Claudia para obtener de aquella araña una cantidad semejante?

Ella objetaba:

—Te digo que es su dote, el de la muchacha viene de sus padres.

El repetía mirando oblicuamente á su mujer, pero á pesar de todo, con alegría.

—¡Cuando yo digo que aquí hay algo! Si es verdad, ¿por qué se lo callaba el tunante?

Esta era la venganza de aquel hombre, venganza anodina.

—No hagas tantos gestos de disgusto. En realidad, no puedes estar más contento. Y con

el dote se lleva nuestro hijo la muchacha más hermosa del país.

Y añadió:

—¿Y quién sabe si esto habrá terminado? Yo apostaría á que lleva más dinero. Aurora es un tesoro.

Nadie dudaba del consentimiento de la interesada.

¡Había sido siempre tan dulce, tan complaciente!

Además, ¿en caso de resistencia, no estaba allí el notario para decidirla con sus buenas razones?

El señor Pilet era un hombre de recursos.

Iba á llegar.

—¿Queréis poner la mesa, querida mia?—insinuó Claudia dirigiendo á la joven una mirada cariñosa.

—Como queráis.

—En la sala, naturalmente... Vos lo habeis dicho. Hoy es día de fiesta. Gran fiesta para nosotros.

Y añadió sonriendo maternalmente á Aurora:

—Yo no sé para vos... No se conoce jamás el pensamiento de las jóvenes.

Aurora eludió la pregunta.

—¿De modo que pondré los platos de flores?

—Sí. Lo mejor que haya en casa.

—¿Cuántos cubiertos?

Cinco... El señor Pilet y Bernardo; vos, Chararux y yo.

—Está bien.

La joven terminó con tanta complacencia como prontitud.

En un momento todo estuvo dispuesto.

La sala era una habitación cuadrada y bastante grande.

Las paredes estaban empapeladas con un papel de color amarillo, y el techo formado por grandes vigas de color de nogal viejo, y una alta chimenea con algunas figuras toscamente esculpidas.

Pero con el blanco mantel, los platos de flores, y sobre todo con el sol que entraba por las dos grandes ventanas á través de la verdura, el golpe de vista no dejaba de ser atractivo.

Los cazadores que encuentran á la vuelta de una buena partida de caza en el mes de setiembre su cubierto puesto en un sitio semejante, perfumado con los olores de las excelentes salsas, se abisman en un bienestar inexplicable.

El reloj de la cocina dió las doce.

Casi al mismo tiempo, un cochecillo de forma desusada, lleno de polvo y de lodo, enganchado á un caballo pequeño y flaco, franqueó la verja y se detuvo en el dintel de la cocina.

Claudia se dirigió hacia él para recibir á sus huéspedes.

Oyó una voz cavernosa en el interior del vehículo y pensó:

—Ya está aquí el viejo.

El señor Pilet sacó su cabeza casi calva, alargó su interminable cuello, sonrió á su antigua criada, para la cual aun tenía algún cariño, consultó su reloj de plata y dijo:

—Esto se llama ser exacto.

El escribiente, que servía de cocherero á su patrón, dejó las riendas y saltó á tierra.

Abrazó á su madre, y viendo á la joven, que estaba en una de las ventanas de la sala, la dirigió una mirada conquistadora.

Aquella mirada decía tan claramente como sus palabras:

—Todo está arreglado... sois mía.

Y con su cinismo hubiese agregado:

—Ya no hay obstáculos... tenéis un dote... se ha encontrado el dinero.

El notario bajó del vehículo sin apresurarse, como hombre de importancia que tiene entre sus manos el destino de los demás.

Su pupila, porque para la abandonada hacía las funciones de tutor, permanecía en la ventana, cediendo á la mujer del jardinero el cuidado de cumplir las funciones de ama de casa.

La llamó con una seña, y cuando estuvo á su lado, la llevó debajo de unos árboles de la huerta, y dándola un golpecito en el carrillo con la unción de un prelado cuando confirma, la dijo:

—Se preparan cosas de las cuales quizá os hayan dado parte... Se trata de una boda. ¿Ya lo sabéis?

—Bernardo me ha hablado dos palabras.

—¿Y qué pensáis?

—¿Pero?

En aquella palabra tímidamente pronunciada, había un mundo de reticencias.

El Sr. Pilet tenía ya costumbre de tratar asuntos espinosos.

Comprendió que la cosa sería laboriosa.

—No decidáis nada sin antes consultarme— la aconsejó con tono paternal.—Os veré después del almuerzo.

—Está bien.

El notario se volvió hacia Claudia.

—¿Dónde está Chavarux?— preguntó.

—En la huerta.

—¿Y los señores?...

—Como no hayan parado de correr, muy lejos. Salieron esta mañana muy temprano hacia Clermont...

—¿Los dos?

—Sí, en un coche con unos amigos...

—¿No han dicho nada?

—No.

—¿No sabéis donde van?

—A almorzar sin duda á Royat.

—¿Con quién?

—En casa de algunos conocidos. No les faltan. He oído hablar del barón Saint-Aubin...

¿Parece que se visitan? ¿Le conocéis?

Sin duda le conocía, lo mismo que su historia y sus hechos, muy á fondo. Conocía á todas las familias de Vichy y á quince leguas á la redonda.

Por lo menos á aquellos que poseen algunos bienes y necesitan de un notario.

El barón Máximo Saint-Aubin Deschaunes, un joven cuyo padre, anciano, rígido y austero, vivía como ermitaño en las cercanías de Champeix, como un mochuelo en su arruinada torre, orgulloso de su pobreza y de su honor, y que no pedía nada á nadie.

El hijo, después de haber heredado á su madre, se había apresurado á devorar la herencia y á contraer deudas que el buen hombre había pagado vendiendo sus últimas haciendas.

No le quedaba más que una casa muy antigua, Torre Blanca, con una porción de tie-

rra, de la cual vivía un criado y una criada que permanecían á su lado por cariño.

El hijo se había marchado á París.

Se contaba que le había costado gran trabajo salir de apuros.

Después, de repente, la fortuna había venido sin saber de donde.

Primeramente una pequeña herencia de una prima.

Pero aquella herencia no podía darle los medios de vivir en París.

Apenas hubiera podido vejetar en una aldea.

Se contaba en el país que tenía gran tren, que vivía en hotel, en el mejor barrio, y no se privaba de ningún lujo.

Se rozaba con los vividores más encopetados y de más renta. Preciso era que se hubiese enriquecido ó con algún gran negocio ó con el juego. Pero sobre este punto nadie sabía nada concreto.

Al notario no le extrañaba el misterio.

—No es el único—dijo encogiéndose de hombros—que vive sin recursos. En provincias demasiado sabemos lo que cada cual posee. En París ya es diferente. No faltan muchachos que arman una polvareda del demonio, que tienen carruajes, cocheros, ayudas de cámara y toda clase de criados, que viven en el boulevard y que tiran por la ventana un dineral que no se sabe de donde viene.

Lo que le extrañaba era cómo los hijos del marqués de Caylus se rozaban con aventureros semejantes.

El almuerzo fué muy alegre.

El señor Pilet, que presidía la mesa, estaba de excelente humor.

Mientras más miraba á Claudia, tanto más joven la encontraba.

Parecía que estaba en sus buenos tiempos de juventud, cuando entró á su servicio.

Nunca había sido hermosa indudablemente, pero sí lo bastante para poder agradar á un hombre, cuya mayor alegría en este mundo se resumía en la posesión de una fuerte suma de dinero, dando á todo lo demás muy poca importancia. Tenía bastante fuego en los ojos, cierto talento licencioso que comprendía los vicios de su amo y sabía halagarlos y excitarlos maravillosamente.

Cuando el notario la casó con Chavarux, fué porque la necesidad le obligó á ello para evitar un escándalo, que de otro modo hubiese sonado y hubiese comprometido su reputación de hombre de sanas costumbres y de irreprochable providad.

De aquí nacían las liberalidades que no le costaban gran cosa, una protección que seno había desmentido desde hacía veinte años y que Claudia le agradecía con toda la abnegación de que era capaz.

Aquel día parecía electrizada por la era de prosperidad, debida á la extranjera en aquella casa, y que llegaba á su apogeo.

Se decía que desde aquel instante nada le sería imposible.

Lo que poseían junto con los sesenta mil francos del Notario, la producía el efecto de una pila de escudos tan alta como el monte Turnoes.

Y en efecto para la pobre muchacha de la cabaña del Mont-Dore, aquella riqueza era casi inverosímil.